

Fernando Savater

VIAJES, LIBROS Y POETAS

“But tell me, tell me! speak again,
thy soft response renewing-
What makes that ship drive on so fast?
What is the OCEAN doing?”

COLERIDGE. *Rime of Ancirnt Mariner*

Debo reconocer que el fracaso de mi primer viaje marcó definitivamente mi relación posterior con la realidad y la fantasía. Cuando digo “mi primer viaje” me refiero a la primera gran travesía, al primer sueño plena y prácticamente consentido de partir, pues otro tipo de viajes domésticos, utilitarios (entre San Sebastián y Madrid, por ejemplo, o los sábados a San Juan de Luz y Biarritz), aunque excitantemente gratos, nunca alcanzaron rango tan destacado para mí. Quizás hablar de fracaso tampoco sea estrictamente exacto, pues de hecho no hubo viaje en absoluto, no fui a ninguna parte, no conseguí moverme, el viaje nunca se proyectó en realidad y por tanto ni fracasar verdaderamente pudo; más bien debería haber hablado de la frustración de mi deseo de convertirme en auténtico viajero, aún más, en explorador. Para mí, en aquella época, todo viajero era explorador con la misma incoherente coherencia con que todo guardia civil debe ser militar, pues yo no concebía que se pudiera querer ir más que a lugares donde no hubiera estado nunca nadie o donde ya no hubiera nadie o al menos donde sólo hubiera gente tan poco usual como caníbales o marcianos. Ir de una ciudad a otra no me parecía merecer el augusto nombre de “viaje” (ahora sé que no lo merece), pues se trata de un simple traslado o mudanza. Pasar de unas calles a otras, de unos obsequiosos vendedores de periódicos a otros idénticos en todo salvo en la lengua en que está escrita su mercancía, recorrer lechos y sábanas semejantes, encender o apagar bombillas eléctricas como las siempre vistas. ¡para eso tanto da no moverse de casa! Irse realmente es ir a lo desconocido, a lo temido, a lo inesperado, marchar hacia la zona mágica, tórrida, helada, en cuya ubicación fracasan todos los mapas y cuya descripción desafía a los geógrafos mejor informados. El viajero que yo soñaba -y aún no ceso- nunca era un simple excursionista, aunque compartía con las navajas que éstos suelen usar su pluralidad de empleos: era explorador por vocación, cazador por necesidad, arponero por oficio, apuñalador de pulpos a causa de cierto tesoro y fabricante de almadías algún naufragio mediante; era políglota y certero, mecánico y atleta, buceador y astronauta. Y, naturalmente, jamás tenía prisa por volver a casa. el nombre mítico de este hábil peregrino de tantas astucias, Ulises, lo aprendí más tarde para no olvidarlo ya nunca.

Pero vuelvo a aquel viaje que no tuvo lugar. Yo tenía alrededor de ocho años y una tierra de predilección, una patria soñada en la que se reunían todas las promesas y **todas** las aventuras: Africa. Era algo más fuerte que un exotismo infantil, era casi un destino. Significaba soledad y leones, antropófagos y baobabs, elefantes, cocodrilos, Tarzán, las nieves del Kilimanjaro, las minas del Rey Salomón, la puñalada del aire abrasador en los pulmones, el rinoce- ronte a la carga, demasiado sol, el ritmo del tam-tam. y siempre la soledad, la soledad triunfal, arriesgada, *coronada*. La sola palabra “Africa” me sobrecogía de emoción. Por entonces casi estrenaba eucaristía y se nos había dicho que en el momento recoleto de acción de gracias, después de comulgar, presentáramos a nuestro divino Huésped nues- tras peticiones; yo siempre hacía la misma solicitud: tras rogar formalmente por la salud de mis padres, hermanos y abuelos, añadía: “Que vaya alguna vez a Africa, por favor. Quiero ir a Africa”. Nunca recuerdo haber llegado a pedir otra cosa, pues cuando empecé a cambiar de deseos, había dejado ya de comulgar. Naturalmente yo no creía que a Africa se pudiera ir así, sin más, como quien marcha de veraneo. Suponía oscuramente que eran precisos astros favorables y alguna herencia fabulosa, el anillo encontrado en el vientre de un pez y un hidropilano, varios camellos, un rifle Springfield y la amistad de Allan Quaterman. Quizá se necesitasen aún más requisitos difíciles e improbables; en cualquier caso, nunca se me hubiera ocurrido recurrir a una agencia de viajes. Sin embargo, cierto día, en el infame periódico que llegaba cotidianamente a casa -de las tres letras de cuyo nombre prefiero no acordarme- apareció un anuncio que llevaba dibujado como reclamo un enorme elefante. Allí se proponía, como si tal cosa, un viaje a Kenia, sin otra condición previa que poner el nombre y apellido en la línea de puntos. La ocasión me pareció tan fabulosa que cualquier dificultad quedaba minimizada; ni mi corta edad ni el precio presumiblemente exorbitante del safari ni cual- quier otro obstáculo tenían relevancia desde el momento en que supe que *realmente* era posible ir a Africa. Necesitaba, eso sí, el permiso y aún la complicidad de mis padres. A mi madre la supuse más bien reacia de entrada, aunque espera- ba que no plenamente hostil; ¡seguro que me decía que no pensase ir a la selva con los pantalones buenos que solía ponerme perdidos en todas las fiestas de cumpleaños! Pero de que a mi padre la idea había de parecerle tan tentadora y oportuna como a mí, apenas tuve dudas.

Aún no comprendo del todo por qué me dejaron creer que el dichoso viaje iba a ser realizado. Quizá no me dijeron nada tan nítidamente afirmativo como lo que yo quise oír y por tanto oí, aunque creo recordar que mi padre incluso proclamó que iba a telefonar a la agencia de viajes desde su

despacho. Puede que calculase mal mi entusiasmo, la capacidad que siempre he tenido de adherirme inquebrantablemente a mis sueños, en una palabra mi ingenuidad. El caso es que para mi el viaje era ya cosa hecha. Estaba como enajenado; me parecía mentira tanta dicha. y en efecto, era mentira. “¡No puede ser! -me repetía, imbecilizado por el júbilo- ¡Pero si no puede ser!” Y, en efecto, no iba a ser. Mi madre empezó a darse cuenta de que la broma estaba yendo demasiado lejos cuando me encontró en mi cuarto, con mi pequeña maleta de cartón abierta sobre la cama -la estoy viendo- en la que había guardado cuidadosamente mi escopeta **de** corchos, mi ejemplar forrado de tela gris de “Las minas del rey Salomón”, mi album de cromos “Africa misteriosa” y una redoma de plástico que podía servir en caso de apuro de cantimplora pese a que no se trataba más que de un souvenir de alguna peregrinación a Lourdes. ¡Maldita sea, cómo se puede ser tan infeliz y tan feliz al mismo tiempo! Entonces empezaron a insinuarme suavemente que la expedición debería aplazarse hasta el verano, que no podía dejar el colegio a mitad de curso, que quizá no hubiese ya billetes, que no podía ir sólo y mi padre estaba esos días muy ocupado en la oficina para acompañarme, que... que no iba a ir, lo vi de pronto clarísimo por fin, que jamás habían pensado seriamente en dejarme ir, que Africa nunca estuvo a mi alcance. No quise escuchar más, rechacé por igual excusas y promesas. Con una sonrisita agria y ruborosa vacié mi maleta, puse cada cosa en su sitio y me tumbé en la cama con “Las minas del rey Salomón” en las manos. No necesitaba abrirlo siquiera, porque me lo sabía de memoria: Allan Quaterman caminando erguido y enjuto por la sabana, la horrible Gagula, la cámara del tesoro y el barón dirigiendo una carta comercial al sol para propiciar el eclipse que iba a decidir la batalla con los caníbales. Eso, pensé, es Africa y ninguna agencia puede llevarle a uno allí porque todavía no hay tour-operators al paraíso. Hacen falta, como siempre había correctamente supuesto, requisitos portentosos para poder llegar a Africa, señales de predestinación, la amistad con los héroes, la comprensión del lenguaje de pájaros y fieras, qué sé yo, tantas cosas. Pero, a falta de todo esto, basta con un libro de Rider Haggard o de Salgari. Entonces, con desafiante resignación, olvidé las agencias y volví a leer.

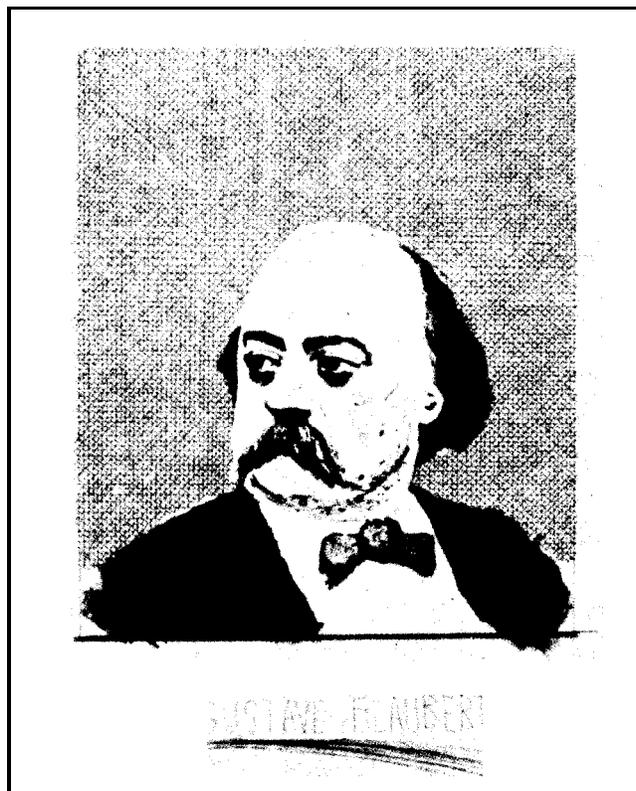
Fue un momento decisivo, una de esas elecciones que -como suele decirse- marcan la vida, aunque sería más preciso señalar que constituyen lo único vivo de la vida misma. Otro chico, no menos soñador que yo pero más lanzado y desde luego menos perezoso, un pequeño Jack London, por ejemplo, se hubiera escapado de su casa, hubiera hecho **auto-stop** o se habría convertido en polizón, cualquier cosa, pero finalmente hubiera llegado a conocer físicamente la selva africana. En cierto sentido no es tan difícil, aunque después puede resultar extrañamente decepcionante, tal como cuenta muy bien Ernst Jünger en su espléndida novela “**Juegos africanos***”. Por mi parte, decidí que no había ningún camino **externo** para llegar a la tierra descrita por los libros, salvo los mismos libros. La expedición e incluso la conquista no eran en realidad más que tipos de lectura; el resto, lo de fuera, no pasaba de ser mero ajetreo utilitario y club de vacaciones. Por supuesto, sería simplificar mi convicción suponer que prefiero el viaje leído sólo porque es más **cómodo** que el practicado, tal como Aldous Huxley sostenía que siempre es más placentero leer una buena descripción de orgía que asistir realmente a una, porque la

lectura no produce resaca ni contagia enfermedades venéreas. Se trata de una diferencia de calidad, no de modo: a donde llevan los libros no se puede ir de ningún otra manera. Por eso durante mucho tiempo viajé muy poco y leí mucho. Pero aún ahora, cuando ya no hago ascos a ningún viaje y conozco no pocos sitios más o menos exóticos, todavía no voy a ninguna parte sin llevar alguna obra literaria sobre el lugar en cuestión y muchas veces lo que más me impresiona del sitio visitado es lo que he leído sobre él por las noches en el hotel. Cuando más he viajado literariamente por un paraje, tanto más me ilusiona conocerlo físicamente. Recuerdo a este respecto la emoción del viaje a Grecia y como una noche me repetía en la cama, con enervamiento mágico: “¡Estoy durmiendo en Olimpia!”. Hasta tal punto es así que si existiese algún lugar respecto al cual nada interesante se hubiera escrito ni por tanto hubiera compañero literario con el que guiar la visita, yo no me molestaría en ir allí porque estoy seguro de que no iba a encontrar literalmente nada. Lo de fuera sirve para recordar y reinventar lo leído, nunca viceversa. Al menos, ya digo, tal es mi caso.

Hay una figura en el viaje literario que me parece particularmente sugestiva, la del predecesor insigne que por medio de mapas, indicaciones y restos se convierte en mentor de quienes siguen su mismo azaroso itinerario. Este personaje iniciático está presente en dos de las más hermosas narraciones de viajes que jamás me han contado, el viaje al **centro de la tierra** de Julio Verne y **El mundo perdido** de sir Arthur Conan Doyle. Arne Saknussen y Maple White son los dos Baedekers embrujados cuya pista sirve de incitación y referencia a los exploradores posteriores. En realidad, su brumosa existencia no parece tener otro objetivo que esa tentación a la aventura. Una vez concluida su misión y hecho llegar por algún medio más o menos anómalo el conveniente mapa a manos de quienes han de partir a su vez, se esfuman en la leyenda o en la muerte, que es el camino más corto -todos lo seguiremos un día- para hacerse un poco legendarios. Resulta así posible trazar cierto paralelismo entre su función y la del autor mismo de la historia viajera; también el escritor provoca al lector a un recorrido que él previamente ya conoce y que sin embargo permanece misteriosamente incierto, también se borra después para dejarlo solo en su aventura, aunque imprime su huella aquí y allá en forma de guiño o reflexión, también ha huido siempre al final, ha desaparecido de ese territorio preparado para **otro** y que otro debe devastar o colonizar. Muchas veces se dice en los relatos que el piel-roja o el gran cazador leen el mínimo rastro en el paisaje como un libro abierto; pero recordemos también, complementariamente, que leer es siempre seguir una pista, es perseguir a otro que se nos hurta, que se esconde en lo que le revela y que nos arrastra hasta una última línea en la que no nos espera para reunirse con nosotros sino tras la que se pierde definitivamente. Quizá ese rastro ambiguo, que nos seduce y nos engaña, sea lo que constituye la superioridad del viaje literario sobre el geográfico, más impersonal, que nos **solicita** menos directamente. En cambio, cuando al deambular por cualquier nueva región del mundo vamos recordando o relejendo los viajes literarios que sobre ella conocemos, transformamos la locomoción en poesía y atravesamos los textos, no sólo los kilómetros, en pos de ese mentor irónico y secreto cuyas iniciales aparecen de vez en cuando reclamándonos siempre hacia la lejanía.

Acabo de hablar de poesía y paso ahora a la más importante razón por la que prefiero leer un viaje a efectuarlo externamente: creo que viajar es una tarea esencialmente poética. En el fondo, la poesía consiste en un íntimo trastorno, en una conmoción que nos desarregla para luego reordenarnos de manera más alta o dejarnos abiertos y palpitantes en espera de ese nuevo ordenamiento; pues bien, los viajes, incluso los más obvios y utilitarios, suponen una alteración semejante: todo lo que nos mueve nos conmueve, nunca cambiamos de horizonte impunemente. Además, hay algo de estético en cada travesía y los traslados más modestos nos embellecen o potencian al menos lo más bello que pueda haber en nosotros. La hermosura -entendida como inestabilidad afortunada y fatal- nos atrae a los lugares remotos, pero también es el motor que nos proyecta hacia lo diferente e impide nuestro estancamiento. Basta ser feo o creerse feo para quedarse para siempre en un rincón. En la noche 257 de *Las mil y una noches* se nos dice con verdad: "Todas las cosas bellas gustan de viajar. ¡Hasta las perlas salen del fondo oscuro del mar y atraviesan las inmensidades para colocarse en la diadema de los reyes y en el cuello de las princesas!". Por eso los poetas han sido siempre enamorados y hasta profesionales del viaje, incluso (iba a decir "especialmente") aunque nunca salieran de su gabinete. ¡Quién puede dudar de que Hölderlin recorrió Grecia de manera mucho más profunda y verdadera que cualquiera de los turistas que pasean cada temporada por el Peloponeso, a pesar de no haber visto jamás con sus ojos de carne el mar Jónico? Y tampoco es disputable la respuesta que dio Lovecraft, el recluso de Providence que sin embargo deambulaba por estrellas lejanas y por las abominables llanuras heladas de Kadath, a su lector francés que tras felicitarle por su conocimiento de París, le preguntó cuándo había visitado la capital francesa: "With **Poe**, in a **dream**", fue la admirable contestación. Apenas habrá poetas en los que el viaje no esté de un modo u otro presente, aunque en algunos de ellos se convierta en obsesión e inspiración fundamental: ¡ah, Saint-John Perse, Emilio Salgari, Julio Verne, Pierre Mac Orlan, Stevenson, Rimbaud, Pío Baroja. . .!

Siente el poeta que, siendo la vida tránsito y exilio (aún para quienes excluyen la posibilidad trascendente de una patria nativa, del verdadero Reino), la inquietud, el desarraigo, la partida, son los principales dones de nuestra estirpe. Vivir humanamente es querer despegar. Todo lo que realmente merecemos nos cae lejos. El poeta es mensajero y articulador de estas verdades; con su canto aviva el deseo de marcha sin el cual los días son estéril repetición, pura y simple naturaleza. Las cosas naturales, orgánicas o inorgánicas, están siempre en su sitio, van o vuelven a su sitio, jamás salen; sólo el hijo del hombre no tiene lugar cierto donde reposar su cabeza y por ello viaja. Nada subraya mejor la antinaturalidad primordial de los hombres que ese supremo artificio del viaje. Hasta el punto de que cuando alguien lleva una vida demasiado sedentaria decimos que pasa su tiempo "vegetando" o, mejor, vegetalizándose; también podríamos decir "animalizando" o animalizándose, convirtiéndose a pasos agigantados en pura naturaleza, olvidando en suma su humanidad viajera y errabunda. Lo que nos ata hasta inmovilizarnos en la rutina es siempre algo fundamentalmente espeso y ciego, por mucho que adquiera vuelos de gravosa importancia. Las legitimaciones del asentamiento, de ese inhumano "echar raíces" tan fastidiosamente ensalzado por el sentimiento estático y



Gustave Flaubert

estatal de la vida, son siempre cobardes, vergonzantes: asentarse es asentir. De aquí el júbilo con el que oímos decir al irónico Fernando Pessoa: "No me subordino sino por atavismo, y siempre hay razones para emigrar para quien no guarda cama". Se convierte el poeta en cómplice de todos los amaneceres de partida y también de los instrumentos que posibilitan ésta: diligencias, trenes, navíos, estaciones, aeropuertos, el gran cohete a la Luna. no menos que del vino o del haschís. Cada viaje es una suerte de trastorno y una posibilidad de descubrimiento, que son las dos características -trastorno y descubrimiento- de que está hecha la poesía. El momento poético que ni al menos literariamente dotado se le puede negar es aquél en que sale de su casa sin saber cuándo volverá. Por eso deberíamos vivir todos como André Gide, que nunca deshacía del todo las maletas por si había que partir de improviso; así guardaríamos una racha permanentemente mágica en el ritmo de los días que parecen ya condenados.

Pero hay un día en que el viaje concluye y es preciso volver. Se regresa para contar la travesía y para recordarla mientras quizá se la inventa; se regresa con alivio para entregarse al hipócrita y dulce placer de la nostalgia. "Cuentan que Ulises, harto de prodigios, lloró de amor al divisar su Itaca, verde y humilde. . . "Así nos lo dice al menos ese otro gran viajero de los libros, Borges. Pero también sabemos que a Ulises no le disgustaba tener un público atento para la narración de sus correrías y nos lo imaginamos durante años pasmando a sus súbditos con relatos que legitiman y prestigian su realeza. Una vez secas sus primeras lágrimas de reconocimiento, ¿no comenzaría quizá a añorar vagamente no tal o cual maravilla de su odisea, sino el empeño mismo del viaje, la época de inquietudes en que se llamó gozosamente Nadie? Vuelve el viajero para reenfocar su propio nombre, su rango, su esposa, su reino.

Vuelve a lo sedentario, esperando transfigurarlo con sus méritos de vagabundo. Cuanto más inalterado encuentre su antiguo medio, tanto más sentido y gracia cobrarán los zarandeos a los que lo sometieron las peripecias de su recorrido. ¡Extraña y metafísica delicia de volver a ser uno mismo, el de siempre, tras haber sido accidentalmente nadie, un cualquiera, un perdido! Y haber resistido soles ajenos y mares, el desafío de otras costumbres, palabras incomprensibles, asechanzas, retrasos, sin diluirse en la seducción tanática de lo exótico. Porque el peligro de no poder volver es precisamente lo que constituye el triunfo del regreso. Los hay que no vuelven, derrotados por embrujos remotos: las novelas de Joseph Conrad **están** llenas de estos ex-viajeros, varados en las costas asiáticas o encallados en las islas del Pacífico sur, hechizados por opiáceas sirenas, voluntariosamente abúlicos, desterrados. En cambio para otros volver es llegar a tiempo: así el inexorable Phileas Fogg, entrando en el Reform Club en el momento preciso en que sonaba la hora de su triunfo y concluían los ochenta días que su alma exacta se había concedido para dar la vuelta al mundo. En última instancia, se vuelve a lo mejor conocido para reconocerlo definitivamente como propio. Dice Víctor Segalen, al que Bachelard llamó “el poeta del viaje”, que el cuarto propio es “la finalidad del regreso”. Recuperar los objetos más comunes como difíciles y exquisitos premios, **que hubo** que perder transitoriamente para llegar a poseer del todo. Así tiemblan en su quietud sagrada los humildes adminículos de la habitación que se conserva “tal **como** él la dejó”, la más patética de las formas de veneración a los muertos. El sillón favorito donde leía, la pipa, la pluma, algunos libros gastados, un cortapapeles. Son las recompensas que aguardan al viajero más **audaz** de todos, el que partió más lejos; aunque nadie lo diga, se confía en que su seducción sea bastante para hacerlo volver. Ante esos misteriosos decorados que repelen cualquier familiaridad del curioso y sabiendo como sabemos para qué se viaja y por qué se vuelve a casa, la resurrección no parece tan inaudita...

Partir, volver. viajar entre tanto. Y cuando se vuelve, planear un nuevo viaje. Pero los poetas, aunque su costumbre sea mentir mucho (como ya advirtió Nietzsche), no ocultan en este caso la lección melancólica de todos los trayectos. Se parte con exaltación, se explora con audacia y curiosidad, se retorna con serenidad y alivio. la suma de estos factores da un resultado ligeramente fúnebre. En todo lo decisivo para nosotros, si bien se mira, el balance es desesperado, se trate de amor, gloria, sabiduría o viajes. “Amer savoir, celui qu'on tire du voyage!”, dice Baudelaire en su bellísimo poema. Y el invitado a la boda que escucha el relato de la pavorosa travesía del Viejo Marino queda, después de oírlo, convertido en “a sadder and a wiser man”. Esta alusión al poema de Coleridge sirve para recordarnos la condición originariamente expiatoria del viaje, cuyo comienzo hinca sus raíces en la primera maldición. Viajamos desde que nos echaron de la Feliz Morada... Este desasosiego del que hemos aprendido a sacar contento es en realidad un castigo, como vislumbramos a veces y al final siempre. La historia del judío que jamás logrará reposo, del capitán holandés arrastrado por su barco llameante a través de océanos que le rechazan de sus abismos, del propio Ulises, que según la profecía deberá partir de nuevo para morir lejos del mar pero a causa de algo venido del mar (Kazantzakis compuso una segunda Odisea sobre este último periplo del amado de Atenea, que debe ser uno de los poemas

más extensos de nuestro siglo), son ejemplos extremos de la condena a la inquietud que es nuestro lote común. Pero decíamos, citando a los poetas, que el saber que nos viene de los viajes es curiosamente amargo y a fin de cuentas entristecedor. ¿Por qué? Pues porque la lección de la diversidad más frenética y abigarrada es la desnuda monotonía de lo idéntico. Por todas partes, como también dice Baudelaire, “le spectacle ennuyeux de l'immortel péché” y retahilas de hombres y mujeres que repiten de mil modos los mismos errores, las mismas vanidades, los mismos crímenes. No hay combinatoria más atroz y fastidiosamente reiterativa que la de los usos humanos. Las “novedades” que el viajero va a buscar y vuelve contándonos son lo menos nuevo que imaginarse pueda, fruto exclusivo de sus divagaciones y sus importantes anhelos. Por eso se pregunta Baudelaire:

“O le pauvre amoureux des pays chimériques!
Faut-il le mettre aux fers, le jeter a la mer,
Ce matelot ivrogne, inventeur d'Amériques
dont le mirage rend le gouffre plus amer?”

Pero aún se puede ir más lejos en la denuncia de la ilusión viajera. Baudelaire deplora que allá donde vayamos, siempre encontremos lo mismo; más profundamente, Kavafis establece que lo peor es que siempre seamos lo mismo. En su poema “La ciudad” leemos:

“Dices: ‘Iré a otra tierra, hacia otro mar
y una ciudad mejor con certeza hallaré.
Pues cada esfuerzo mío está aquí condenado,
y muere mi corazón
lo mismo que mis pensamientos en esta desolada languidez”.

Pero tal programa olvida o ignora la condena esencial del que huye:

“No hallarás otra tierra ni otro mar.
La ciudad irá en tí siempre. Volverás
a las mismas calles. Y en los mismos suburbios llegará tu vejez;
en la misma casa encancecerás.
Pues la ciudad siempre es la misma. Otra no busques, no lo hay,
ni caminos ni barco para tí.
La vida que aquí perdiste
la has destruido en toda tu tierra.”

Así llegamos, literalmente, al final del viaje.

El niño que fuí no logró hacer otro viaje a Africa que el de los páginas escritas por Rider Haggard, pero ya he dicho que es el viaje que tengo por más verdadero. Años más tarde, incluso ése me fue difícil; hube de contentarme con viajar hacia el niño que soñaba con viajar a través de los libros de aventuras y tal es el sentido de La infancia recuperada. Ahora tomo frecuentemente trenes y aviones, me transporto. Intento superponer la imagen que he recibido de los santos lugares a través de los viajes literarios sobre la que obtengo como turista de número entre la dócil horda. Me divierto a veces, pero noto que el corazón no está ya por la labor. Vuelvo pues a los libros. Aunque con desconfianza. Me queda sin embargo algo de la antigua mirada, es decir, no he perdido de vista al niño ni tampoco la vista que el niño tuvo. Aquella tarde, al deshacer la maleta cuando supo que el viaje fabuloso no iba a realizarse, el niño lloró. Esas lágrimas preservaron mis ojos de la quemazón destructiva del principio de realidad: tal como Miguel Strogoff, no soy ciego del todo porque lloré a tiempo. De vez en cuando aún puedo lanzar la mirada del niño traicionado sobre paisajes y personas, sobre mí mismo; esa mirada que es pura, desconsolada, acusadora.